

# La ventana de Roxana Méndez

Fernando Valverde

Desde una ventana de un edificio de oficinas en San Salvador, la poeta salvadoreña Roxana Méndez (1979) miraba el cielo como metáfora de todas las posibilidades que la vida podía ofrecerle. Para ello evocaba versos de Szymborska que hablan de un hueco, nada más que un hueco, pero abierto de par en par. «Por ahí habría que haber empezado: por el cielo».

*El cielo en la ventana* es el primer libro publicado en España por Roxana Méndez y ha sido merecedor del primer Premio Alhambra de Poesía Americana. Se trata de un libro delicado, hermoso, lleno de poemas que tienen un sentido, que parten de una idea, y fiel a una poesía útil que reconcilia con las cosas que duelen.

El poemario se inicia con un grupo de poemas agrupados bajo el título de *Los caminos del mundo*, en el que se percibe esa necesidad de salir, de conocer, de caminar por un espacio mucho más ancho que la habitación de San Salvador orientada a una ventana. Tal vez el más importante de estos poemas sea *Primera imagen de Sudáfrica*, escrito durante un viaje de la autora al país africano con motivo de su trabajo en una ONG. De nuevo otra ventana ofrece un horizonte diferente, respuestas que se encuentran en la naturaleza y que están ahí dispuestas a ser encontradas. «Me asomo a la ventana / y comprendo que el viento / proviene de la boca de un león». «Hacia donde quiera que mire / comprendo que África / es el inicio del hombre», escribe en otro momento del poema. «A toda hora, / todo parece más real / incluso el mundo», concluye

---

Roxana Méndez: *El cielo en la Ventana*. Valparaíso, 2012.

el poema, que es una buena muestra del tono general del libro, un tono maduro, de poeta que observa el mundo con la sensibilidad suficiente para interpretarlo, para hacerlo suyo y devolverlo al lector de un modo tan diferente como verdadero.

La imagen de las ventanas se extiende por el libro y va cruzando las páginas como si se tratase del paisaje de una ciudad. Diferentes perspectivas de un mismo lugar, ángulos que no procuran una mirada mejor, pero que sí la aportan. En el poema *Monzón*, por ejemplo, un monje está asomado a una ventana observando un estanque lleno de lotos blancos. Después, en *Tambores*, vuelve a aparecer la imagen del camino, un camino que no se sabe a dónde conduce y que parece situarse en la noche del mundo y que obliga a retroceder.

La segunda parte del libro se titula *Teatro de siluetas*. De ella se desprende una cierta angustia ante la imposibilidad de controlar el destino de los hombres, aquello que al fin y al cabo resulta importante en una vida y que puede acontecer sin más, de forma racional o no, prevista o no. «Todos alrededor murmuran, / elogian, se conducen, / hablan de mi juventud y de mi vejez, / me vuelven pasado (...) Pero nada cae sin un motivo». Es preciosamente ese motivo el que provoca el dolor, la falta de certeza, la descripción de la caída sin conocer el por qué y el sentido último de lo que acontece. En el teatro de siluetas que presenta Méndez cabe cualquier hombre, incluso un héroe moderno, como Zidane, a quien dedica su poema *El jugador*. «Y sin embargo, / un instante bastó para que el frío / se inclinara a mi espalda / con un leve susurro / y apenas sin notarlo / me obligara a caer».

El libro concluye con una *Fotografía de familia* en la que Roxana se acerca a aquellas cosas que le resultan más cercanas. La ventana desde la que observa el cielo en su ciudad, el olor de las rosas, el muelle lleno de gaviotas, o el arañazo de un recuerdo de la infancia en el que todo pudo terminarse, un recuerdo de dos niños en un país en guerra por el que pudo pasear la muerte un domingo de resurrección de un antiguo verano. «Vuelvo a escuchar los cohetes / en el amanecer. // Mis pies sobre este polvo / son una sola huella. // Sé que me fui hace tanto y sigo aquí».

Roxana Méndez ha escrito un libro importante, que invita a pensar en una poeta referencial para Centroamérica. Fiel y dis-

puesta a recorrer el camino abierto por sus maestros, Méndez escoge una tradición de la que se han alejado la mayoría de los poetas de su país, que se encuentran enfrascados en la búsqueda de la novedad por la novedad sin ningún resultado reseñable. Roxana Méndez es sin duda la más importante discípula de Claribel Alegría en El Salvador, por no decir que la única. Esa sabiduría, esa calma con la que es capaz de mirar el mundo, el respeto que muestra a sus mayores, sus ganas de aprender y su mirada limpia, son algunos de los rasgos que pueden verse en sus poemas. El Premio Alhambra ha reconocido precisamente eso, la continuación de una tradición literaria que tiene mucho camino por recorrer y que ofrece una ventana muy bien orientada por la que observar el mundo, un mundo que en los poemas de Roxana Méndez es más certero y mejor ©